

**Carta y Relación del P. Saturnino de la Torre, Provicario
de las Misiones Agustinas de China, precedida de
una Semblanza del Ilustre Misionero,**

POR EL

P. TEOFILO APARICIO, O. S. A.

Esbozo de una vida misionera

P. Saturnino de la Torre

(1852 - 1916)

En estos tiempos en que, por desgracia, vale el decir respecto de las Misiones Católicas de China «todo se ha perdido menos el honor»; en estos días tan aciagos en que solamente quedan frente a la ruina, persecución y barbarie, los que saben cumplir con su oficio de buenos pastores; en esta hora trágica para el tan decantado Imperio Azul en donde la actitud valiente de nuestros Misioneros constituye un alto ejemplo de valor y de fe, un gesto heroico del que participamos todos los Agustinos, nos parece bien traer a estas páginas algunas Cartas y Relaciones y Memorias que escribieron y enviaron desde el campo de la mies los que tuvieron que sufrir la penuria, la apatía y aun la persecución violenta con que tiene que enfrentarse toda obra grande que comienza a ser.

La interesante Carta y Relación del P. Saturnino de la Torre que a continuación transcribimos, además de considerarlas como base para la verdadera Historia de las Misiones Agustínianas en China, servirá también de sedante moral y de consuelo a los sufridos y heroicos soldados de vanguardia, si por ventura nos leyeren.

Y queremos que preceda una nota biográfica de nuestro querido Provicario, a pesar de que en ARCHIVO apareció ya una reseña de su vida (1), porque buscamos en ella, no tanto el dato histórico de la vida del ilustre misionero, cuanto el alma y calor ambiental que mueve e informa esa vida. Para lo cual nos ayudarán mucho unos *Apuntes* hasta ahora inéditos del P. Benito González —misionero muchos años en China y compañero del P. Provicario— que, al parecer, no conoció el primer biógrafo. Empecemos ya.

* * *

El P. Saturnino de la Torre (2) era castellano de cepa y de ley, nacido en Cubillo de Castrejón, Palencia, y el 29 de noviembre de 1852. Castilla, pues, con rudeza

(1) El P. Angel Cerezal publicó una reseña histórica del P. Saturnino de la Torre en la revista «Archivo Histórico Hispano Agustíniano», volumen XVI, Madrid 1921, 101 y sigs.

(2) Para una más extensa noticia de este ilustre misionero agustino, pueden consultarse, además del trabajo citado, en la misma revista ARCHIVO, volumen V, Madrid 318; P. Gregorio de Santiago Vela, *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín*, vol. VII, Escorial 1925, 677; P. Elviro Jorde Pérez, *Catálogo Bio-bibliográfico de los Religiosos Agustinos de la Provincia del Stmo. N. de Jesús de Filipinas*, Manila 1901, 608; P. Bernardo Martínez, *Historia de las Misiones Agustínianas en China*, Madrid 1918, 129 y sigts.; y *Varias Cartas*, que se publicaron en la *Revista Agustíniana*, del mismo P. Saturnino, referentes todas ellas a las Misiones Agustínianas de Hunan.

e hidalguía, le formó. «No es de valientes ni de buenos castellanos—dirá en cierta ocasión—pestañear ante los sinsabores e infortunios». Y de veras que tuvo ocasiones en que demostrar la fe de apóstol y el amor de padre que informaba plena y totalmente su vida: vida íntegra, de auténtico misionero, que sabe demostrar con sus obras la verdad de su fe.

Muchas cosas sabía el P. Saturnino de China. Pero China sabe también del cielo, de las fatigas, de las excursiones, de los sufrimientos y de las lágrimas; de los jirones de vida que dejó en ella por hacerla hija de la luz.

En su infancia y en su tierra sintió el noble palentino un ansia y una sed inexplicable de aventura. Y luego que se hizo hidalgo mancebo, advirtiendo que Dios le llamaba de veras, ingresó en el Colegio Agustino de Valladolid, consagrándose al Señor por medio de los Santos Votos el 9 de noviembre de 1871. Contaba justamente entonces los 19 años de su edad.

Primeramente el Colegio de La Vid, donde cursó sus estudios teológicos y celebró su primera Misa (1876); después el de Valladolid en el que desempeñará por varios años el doble cargo de Procurador de la casa y profesor de latín para los Noviciados, fueron testigos de la entereza de ánimo y de la recta intención con que el joven religioso dirigía todas sus acciones. Lo heroico le atrae y anhela servir a Jesucristo en el servicio inmediato de las almas en regiones sin Luz. . . De ahí que lleve mucha razón el biógrafo cuando nos dice que «no era el sosiego de las aulas el ambiente donde había de expandir sus energías el espíritu emprendedor del P. Saturnino. A semejanza del soldado valeroso a quien se obliga a permanecer en retaguardia durante las horas de combate, ansiaba volar a los puntos de mayor peligro y abrir nuevos horizontes a la fe santa que abrasaba sus entrañas; por eso, cuando a vueltas del año 1876 nació

en los Superiores de la Provincia la idea de fundar un Vicariato en el corazón de China, nuestro joven cate-drático, lleno de un santo entusiasmo, corrió a postrarse a los pies de su Prelado suplicándole le admitiera como el menor hermano de la viña que el cielo confiaba a los Agustinos Españoles. Y cuando en 1879 la Apostólica Provincia del Santísimo Nombre de Jesús obtenía el rescripto de la Santa Sede confiándola como rica herencia el Vicariato de Hunan Septentrional, sito en las vertientes del Río Azul y lleno de todo género de peligros para los arriesgados europeos que en él quisieran poner las plantas, el P. Saturnino reanudó sus instancias ante los Superiores y al fin obtuvo el tan deseado permiso que le llenó de gozo y de un santo deseo del martirio» (1).

Marchará, pues, a la China; a la región de Hunan que ha sido encomendada a los Agustinos Españoles de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Filipinas. Ciertamente habrá que allanar muchas resistencias; las que le ofrezcan la familia, los mares, los peligros de traición y de engaño del que se dice en tierra extraña amigo. . . Quizá haya de presentar valiente la cara al bárbaro azote de la soldadesca embrutecida. . .

—«No importa—se dice nuestro pequeño héroe—: esa es mi misión y destino.

Y se embarca, rumbo a Filipinas, mas con el pensamiento y el corazón puestos en el Imperio Azul. Era el año de 1881. Y cuando se cumplieron felizmente sus deseos, y al entrar en aquella tierra de misterio, «con aquella arrogancia con que entra el rey vencedor en sus nuevos designios»—la frase es del primer biógrafo (2)—,

(1) Archivo, vol. XVI, 102

(2) Comenzaban a ser entonces las Misiones Agustiniánas en la región de Hunan Septentrional. De ahí que las dificultades para su establecimiento fuesen muchas, debidas en parte al odio connatural en el chino hacia los

comprendió que comenzaba para él la vida de sacrificio, la que estuvo esperando desde que tuvo noticia de lo que era el vivir de misionero en tierras hunanesas (1).

Cinco hombres—con toda la fuerza de expresión que tiene la palabra *hombre*—, le habían precedido en el desbroce del espinoso sendero, sin que hubieran logrado hasta entonces arrojar la primera sementera... (2),

No encuentran un alma caritativa que se compadezca de su indigencia...

Nadie les da en alquiler, una casita, una choza siquiera donde recogerse a descansar de las labores del día. Por eso, el P. Saturnino no se hace ilusiones. Sabe que le espera una vida errante, precaria, miserable, oscura como las mismas sombras en que tiene que desenvolverse para no ser hecho prisionero de los taimados mandarines, o, lo que es peor, caer en manos de la paganía amenazadora...

Al fin, huyendo de la furia enemiga, ha encontrado en las vertientes del monte Pikaya unas familias de abolengo cristiano. Y en la mísera choza de una de estas familias—que son pobres, pobrísimas—sienta sus reales. Tiene su gracia y su donaire la descripción de la cabaña: «No llamaré yo a esta casucha—escribe el misionero—de teja vana, pues que no tiene tejas y por todas partes se ve la luz, aunque no hay ventanas. Humo de día y humo de noche; aun diciendo misa me lloraban los ojos

«perros europeos», y en parte a la escasa o nula protección que encontraban en los Consulados, principalmente en el de Francia, que era el más obligado, según veremos, por mantener todavía esta nación el título de *Protectora de las Misiones Católicas de China*.

(1) «El día 24 de Junio (1882) llegó a Jancou—leemos en una Relación del P. Benito González—el nuevo Misionero P. Saturnino de la Torre, que había venido a Manila con la última Misión llegada de España» (Apuntes Inéditos, pág. 35).

(2) He aquí sus nombres beneméritos e ilustres en la Orden Agustiniiana: PP. Elías Suárez, Agustín Villanueva, Nicolás Guadilla, Ángel Abásolo, Luis Pérez y Benito González.

por el humo. Al lado del Evangelio estaban las gallinas bajo un cesto, y en el de la Epístola las herradas y ollas. No me llamen desidioso, pues nada más podía hacerse. La familia, compuesta de once personas, es tan pobre, que ni tiene que comer ni ropa que vestirse. En España he visto pobres andrajosos, pero como éstos jamás» (1).

De Pikayá se traslada el P. Saturnino a Sesueitien (2). Aquí ya no es el humo que le entra por los ojos hasta hacerle llorar; es el frío, el frío cruel que «le revienta las orejas», y la nieve que «cubre materialmente» su cama en las noches de ventisca... Pero está contento nuestro héroe. Porque, si bien anda escaso de ropa y de comida, al menos aquí tiene el consuelo de ser querido por los que le rodean. Lo que no sucede en la Misión del Provicario, P. Elías Suárez, el cual ha de buscar un refugio en el tugurio del amigo y sucesor más tarde en el cargo.

Ya se llegan los paganos a nuestro misionero. Preguntan por la nueva doctrina que les viene a proponer, y quieren saber algo del único Dios verdadero para seguirlo y dejar solos en sus pagodas a los dioses falsos del Imperio. Hasta el mandarín acaba por hacerse amigo del «europeo», ordenando que sea respetado por todo aquel edificio santo que ha sido levantado no lejos del tribunal y en cuyo frontispicio se leen estas dos palabras: *Iglesia Católica*...

Sin embargo, la realidad había de ser muy otra. Pasados unos meses en Sesueitien, muy esperanzado y animoso sale el Misionero camino de Huentitse para suceder en aquel puesto al P. Benito González, a quien vamos a dejar el uso de la palabra, porque es testigo de

(1) Cit. en ARCHIVO, vol. XVI, 104.

(2) El P. Saturnino—escribe nuevamente el P. Benito—vivió algunos meses en casa de aquella rústica familia de Pichaya (Pikayá), hasta que halló proporción de comprar una vivienda un poco más abajo, en la cañada que llaman de Se-Suei-Tien (que quiere decir regadío de la piedra), donde permaneció hasta el mes de Agosto del 83». (Apuntes, 40).

mayor excepción en esto de contar aventuras de los Misioneros Agustinos de China» Llegó allí—nos dice—con órdenes expresas de devolver la escritura y deshacer cuanto antes la compra que aquel (el mismo P. Benito) había hecho. Llegó, trató de deshacerla, pero no fué posible: lo hecho, hecho estaba, le contestaron. Volvió a Sase por el dinero para pagarlo, pero entretanto ya dió lugar a que se armaran partidos contra él y surgieran enredos difíciles de desenmarañar. . .

«Con esto y con los trastornos que a un mismo tiempo sucedían en Sesueitien, donde el P. Saturnino había concedido fundadas esperanzas en los meses que allí permaneció de aumentar el rebaño de Jesucristo, cayó este Padre en tal aturdimiento que días y noches las pasaba sin comer ni dormir. Fué a Chintchoufu a distraerse unos días con el Sr. Filippi (Vicario Apostólico de la Misión vecina), y según contaba después este Señor, era tanta la aflicción, tan repetidos los sollozos de aquel pecho angustiado, que temerosos aquellos Padres no le sucediera algún grave accidente, procuraban distraer su imaginación por cuántos medios podían sin separarse alguno de su compañía de día ni de noche ni por un momento (1).

Año de 1884. Por el mes de marzo, el P. Saturnino de la Torre, dispuesto de nuevo a la lucha, vuelve otra vez a su Misión. . . Se llegan los días de verano. Con llevar tan solos tres años en China—quizá fuera éste un paso mal dado por parte de los Superiores—, es nombrado Pro-Vicario Apostólico de Hunan. El decreto ha sido expedido en Roma y a 20 de julio del año citado. El Misionero lo recibe en octubre junto con el oficio de Vicario Provincial (2).

Las almas fuertes se acrecen con los desastres. Y el

(1) *Ibid.*, 156-7.

(2) *Ibid.*, 64.

P. Saturnino, en su nuevo cargo y haciendo frente a las dificultades sin cuento que impedían la estabilización de sus Misioneros en Hunan, en medio de aquel cúmulo de contradicciones—lo más difícil de todo era alcanzar de la Autoridad competente el pasaporte debido—, mantiene su sonrisa indefinible que concierta con su grave aspecto, serio y meditativo. Escribe una y otra vez al Ministro español, Sr. de Alba y Salcedo, cuyos propósitos de ayuda a las Misiones no cree a los principios por lo escarmentado que está de vanas promesas (1). Fluctúa entre acogerse a la protección de Francia, que prometía y no daba, o al favor de su Patria, que prometía también, pero que no podía dar, porque la nación vecina seguía manteniendo el título oficial de «*Protectora de las Misiones*». «Acosado por las cartas que le llegaban de Hankow contra Francia—escribe el citado P. Benito González—por una parte, y por otra instigado, por decirlo así, por los franceses mismos con quienes trataba en favor de Francia, vivía perplejo sin saber a qué lado inclinarse. Y para salir de su estado de perplejidad, se dirigió a la Sag. Congregación preguntando qué pasaportes había de sacar, (pero hablando mal de su patria e informando muy bien de Francia). La Sagrada Congregación—como era de suponer—, respondió *afirmative, juxta informatam et desideratam*; y al fin, y a pesar de tantas cartas y partes telegráficas del P. Luis y del P. Agustín y del P. Celedonio y de cien más que hubiera habido... , el P. Provincial sacó pasaportes franceses.

(1) «La contestación del Ministro español—comenta el misionero citado—con otras cartas del mismo, a alguna de las cuales el P. Saturnino no ha contestado por creerla hipócrita, se hallaban en nuestro archivo de Jancou (sic). El estilo de ellas no puede ser más sincero. Es cierto que en la primera excediéndose el Sr. Salcedo en sus atribuciones, y mal informado, creyendo ser nuestro Vicariato Misión francesa, ordenó a los españoles que se saliesen mientras duraba la guerra con Francia; pero una vez bien informado, dió inmediatamente una satisfacción la más sincera que podía». (Apuntes, 64).

«Airoso volvía de Pekín a mediados de Agosto, como si hubiese reportado un verdadero triunfo. Poco después de su llegada, escribió varias cartas al P. Benito y entre otras cosas le decía: «Espero no hemos de tardar mucho en darnos un abrazo y explayarnos juntos por las llanuras de Litchow...» Y en otra: «Dime si de tu bajada podrá o no seguirse algún perjuicio a la Misión, que en las llanuras de Litchow hay mies abundante, aunque sea para cincuenta misioneros...»

«Viendo que los naturales de Litchow—continúa el P. Benito—se mostraban pacíficos, y que muchos iban y venían a todas horas ávidos de oír la doctrina evangélica, trató de arrendar una casa, y de hecho se escribió el papel de arriendo a últimos de enero. Esta casa era una de las mejores de Litchow con un espacioso jardín.

«Llegó el año nuevo chinico, y siguiendo la costumbre de estas tierras, hizo algunos regalos a los mandarines civiles y militares, pero se olvidó de la gente menuda que es quien lo maneja todo. Recibió también muchas salutations, y parece que por falta de quien pudiera devolverlas, no correspondió a ellas como debía. Hay quien dice que el yerro capital y principio de todos los otros fué el de haberse acompañado para establecerse en la ciudad de algún chino de armas dar y tomar, que le hubiera sabido sacar de cualquier apuro. El que llevaba consigo era un rústico montañés, que, lejos de ayudarle, le enredó y metió hasta la garganta, y después le amenazó con dejarle solo, si no salía pronto de allí, como al fin lo hizo vendiéndole villanamente a sus enemigos (1).

Este era el P. Saturnino de la Torre, con sus defectos y virtudes; pero siempre con la esperanza de ver tiempos mejores y, por ende, resignado plenamente a la voluntad de Dios que así probaba a sus leales servidores.

(1) Ibid. 68.

Y en verdad, ¿qué valían aquellas cartas, aquellos trabajos, aquellas visitas y reclamaciones y súplicas, aquellas amarguras que padecía su amoroso corazón de padre bueno al ver que sus hijos eran perseguidos por las mismas autoridades del país, qué valía todo aquello en presencia del furor de porvenir que se hacía caliente ascua en el pecho del ilustre misionero agustino?... Pasará la tormenta; y allí donde antes había un rito de adoración a los ídolos, habrá un culto al verdadero Dios; y él, el misionero católico, hará también que en el ara bárbara de la diosa Quanina brille, como una pequeña estrella, la dulce y azulada imagen de María.

Tendrá que luchar y sufrir y exponer muchas veces su vida. En ocasiones se verá obligado a huir a los montes vecinos de Sesueitien. Y en más de un trance caerá en manos de los que él llamará «Cabecillas», que le llenarán de insultos, le darán de palos, dejándole luego en la calle sólo y enteramente desnudo. Y cuando por ventura logre escapar de su furia, harán un «monigote» —para decirlo con sus mismas palabras—, un monigote de paja, en cuya frente irá escrito el nombre del misionero católico, el cual será arrastrado por las calles de la ciudad, ahorcado luego, fusilado y, finalmente, entregado al poder de las llamas.

El 6 de febrero de 1886 se decide a entrar en la ciudad de Litchow y tomar posesión de la casa nuevamente alquilada. Mas he aquí que el arrendatario le pasa una esquela «diciéndole que por circunstancias que no era del caso referir, no le permitía pasarse a ella. Da el Padre parte al mandarín, y contesta éste aparentemente bien, ordenando que prendan al arrendatario; más éste no fué hallado. Empieza el «run-rum» y la gente del tribunal lo fomenta... Excitaron a la gente a que se levantara tumultuosamente y diera sus desconciertos, delante del mesón donde él permanecía, extendiendo inmundos papelotes anónimos por las aceras de la calle, injuriosos

a nuestra santa Religión y a sus ministros. Demostraciones eran éstas parecidas a los espantajos que ponen en los sembrados para ahuyentar a los pájaros, y de las cuales los chinos se valen en mil ocasiones para amedrantar a alguno; pero de ordinario sin otro ulterior resultado, especialmente si se hacen en la ciudad y en presencia del mandarín como aquí».

«El mandarín tomando esas demostraciones con pretexto para sus dañosos fines, pidió al Padre se retirara por unos dos meses y entretanto que él se lo dispondría bien todo y después le invitaría a que volviese. A lo que accediendo el P. salió precipitadamente para Semen, donde el P. Luis le hizo conocer la astucia del mandarín, y le aconsejó que volviera inmediatamente, como lo hizo, hallándose a los tres días de vuelta en Litchow. Pero ya no quisieron recibirle en los mesones, y no tuvo más recurso que retirarse al tribunal. De allí escribía a Caichichao al día siguiente, 27 de febrero, en estos términos: «Estimado P. Benito: Ayer llegué otra vez de vuelta de Semen: el P. Luis, conforme en todo con lo que tú sentías, me hizo ver palpablemente que estos no son más que urdimbres para impedirnos el radicarnos aquí en la ciudad. Vengo dispuesto a no salir, si no me sacan arrastrado». . . No habían pasado cuatro días desde la primera carta, cuando aquel pecho poco ha tan valiente y animoso, se hallaba tan acobardado cuanto no puede decirse. Una carta de Caichichao le decía; «No salgas; mira que de ti depende la suerte de nuestro Vicariato; mientras tú permanezcas, lo demás está seguro; si dejas eso, la ola cundirá tanto que llegará aquí, alcanzará a Semen y lo arrollará todo, y ¿entonces. . .?»

Como el lector habrá adivinado ya que las palabras que anteceden son del P. Benito González, le diremos que este mismo misionero prosigue de este modo en sus Apuntes, páginas más adelante:

«En Hankow el P. Celedonio y Fr. Pedro asegura-

ban que, si hubiese tardado más en llegar— el P. Benito ha venido a presentarse a las autoridades para dar cuenta de los atropellos sufridos en su Misión de Caichichao, y a los médicos para que examinen sus heridas—, el P. Saturnino indudablemente hubiera acabado de perder el juicio. Aquella cabeza se conoce que sufría y cabilaba lo que es indecible; tanto que no podía pasar un momento solo, y el tiempo del sueño en que la necesidad le obligaba a estarlo, la pasaba llorando. Por condescender un poco se prolongaban las vigiliás hasta las once y las doce de la noche, y más de una vez sucedía después de despedirnos y habernos acostado, entrar él y sentarse a la cabecera de la cama preguntando sobre el tema de siempre:

—«¿Qué le parece? . . . ¿Qué haremos? ¿Dejaremos las Misiones? ¿Nos iremos a Filipinas? Todo se ha perdido... Y por mi causa. . .

Y al decir *por mi causa*, echábase a llorar como un niño (1).

Vuelve un poco la calma, y el P. Saturnino, con sus misioneros, sigue fundando. . . Sesueitien, Huayung, Nanchowting, Caichichao, Yochow. . . ; he aquí los nombres de otros tantos pueblos chinos que van asociados indeleblemente al muy castellanò e ilustre de nuestro Provicario. ¿Y quién podrá contar los viajes que hizo de Hunan a la ciudad de Sanghai, y de aquí nuevamente a la Misión? ¿Y quién enumerar las cartas que escribió, no siempre con buen fortuna, pues, a fuer de imparciales narradores, hemos de decir que no anduvo siempre acertado en sus gestiones, faltándole a veces esa experiencia ambiental y sentido práctico de la realidad de la vida en que se mueve, y que se necesita para triunfar de los enemigos que se oponen a los más nobles intentos? La indecisión y la duda le acarrearon

(1) Ibid. 91

muchas veces la derrota y justamente cuando comenzaba a gustar el fruto de su labor. Esperó la protección de Francia, desechando la ayuda sincera y cordial de su Patria, y, al fin, no pudo por menos de confesar su error. Que hable por nosotros nuevamente el amigo íntimo de nuestro desafortunado Provicario.

«Días antes de su partida a Sanghai— escribe el P. Benito—aquel (el P. Saturnino) escribía a Hankow diciendo (al P. Luis Pérez) que esperase al Ministro tardase lo que tardare, y le hablara clarito sin andarse ya con más rodeos. «También he escrito sobre lo mismo—añadía—a la Reina de España, a N. Rmo., al Ilmo. P. Cámara, a N. Padre; y hoy escribo al mismo Ministro y al Cónsul inglés-español de Hankow a quien digo te presentarás tú (el P. Benito), y le expondrás el asunto; y por último escribo al Cónsul francés de esa diciéndole que no cuide más de vosotros» (1).

Reconocido su error, se lamentaba de que otros le siguiesen por el mismo camino. Y así escribe al P. Luis Pérez: «Realmente he sentido sobremanera la determinación de V. en acudir al Cónsul ruso-francés, quien ha trabajado con empeño, es cierto, pero sin resultado; eso cuando las cosas nuestras estaban mejor y las cuestiones políticas no estaban tan adelantadas. ¿Qué podremos esperar ahora que las dificultades son sin cuento mayores, y que China ha resuelto ya la cuestión del protectorado y de no hacer caso de Francia por súbditos que no sean franceses? Después de haber escrito yo al cónsul general español, y éste comisionado inmediatamente al inglés de Hankow, el cual también escribió sin demora alguna en nuestro favor al virrey, y habiendo escrito repetidas veces el P. Pons que nada absolutamente podíamos esperar de Francia, todo lo cual sabía bien el P. Manuel, y yo se lo escribía a V., me pa-

(1) Ibid. 97.

reció que ya no pensarían siquiera en Francia, y en esa persuasión vine a Semen a reclamar por lo de Sésuei-tien y al mismo tiempo urgir por lo de aquí. Desde que llegó la comunicación del Cónsul inglés, dicen por aquí que el mandarín temía, y si dicha comunicación hubiera llegado a tiempo, acaso no hubiese sucedido nada; pero llegó el 8, cuando la destrucción estaba ya hecha. Yo esperaba con ansia carta de V. y noticias del inglés, con lo cual creía poder resistir y aun triunfar; pero ahora me parece inútil cuanto hagamos, porque es como azotar al viento. . . Si quieren conseguir algo, preciso es convencerse de que sólo por medio del cónsul inglés-español se podría conseguir. Pruebas hay más que suficientes, y pensar en Francia, es acelerar la ruina. . . De Francia, es decir, de los malhadados pasaportes franceses nos viene originariamente todo lo que hemos sufrido y sufrimos. ¡Malaconsejado de mí, en qué mala hora he dado yo ese paso! Lo conozco y lo confieso, pero es ya tarde» (1).

Y así pasaron los años. . . Veintisiete, que fueron los que estuvo el P. Saturnino en China; después de los cuales, cuando el misionero contaba los sesenta de su edad, volvió a España, y en el Capítulo de 1909 fué honrado por la Provincia, en gracia a sus merecimientos y trabajos en país de misión, nombrándole Definidor. Esto le obligó a permanecer en la Península contra su voluntad que, por supuesto, anhelaba volver a las Misiones del Imperio Azul.

Y vuelve. Vuelve el P. Saturnino a sus amadas Misiones de Hunan. Vuelve, en 1911, a su juventud, para ser más que un simple Definidor de Provincia; vuelve para ser todo un «Héroe», un soldado de Cristo en las avanzadas misioneras.

Como ejemplo y lección, ya estaba bien aquella acti-

(1) *Ibid.* 129.

tud y aquel anhelo... Pero la ilusión de su vida le traicionó por esta vez. «No era la voluntad de Dios—escribe otro veterano de misión—que los últimos días de la existencia del P. Saturnino los pasara al lado de sus queridísimos misioneros, ni siquiera que el cementerio del Vicariato (1) cobijara los restos venerados del que le había consolidado a costa de tantas lágrimas» (2).

Regresó a España de nuevo en 1913. Residió un año en el colegio de Valladolid, y dos en el de Ceuta, «encargado—como nos dirá el biógrafo—de la gente menuda». Después pasó a la residencia de Cádiz para encontrar su muerte—27 de marzo de 1916—en la Casa-Enfermería de Gracia de Barcelona.

* * *

Hunan Septentrional, el pueblo de Sesueitien y sus montes, Huayung, Yochow y una gran parte de nuestras residencias y estaciones agustinianas de China conservarán un recuerdo perdurable de este gran misionero.

(1) Este se hallaba situado junto al pueblo y Misión de Yalan.

(2) ARCHIVO, vol. XVI, 110.